

en los registros: probablemente daríais otro. ¿Quereis explicar esto?

—Es inútil.

—¡Tened cuidado!—exclamó M. Tabouret.

—Teneis buen juicio y no se os debe ocultar que os perjudicáis mucho con ese sistema.

El escribano se complacia viendo á la joven defenderse como debía ante la insistencia de aquel inquisidor de nuevo cuño, y todas sus simpatías estaban por la procesada. Debe decirse que lo mismo sucedía en el vecindario de Bourges, que detestaba al juez porque era detestable, y al prefecto, obedeciendo á la prevención general del pueblo contra los funcionarios que han pasado por la prefectura de la calle de Jerusalen.

Empezaba á contarse una leyenda sobre aquel asesinato, á lo que contribuía Bruno esparciendo rumores favorables á la acusada. ¡La desventurada! «La infeliz.» «La infortunada.» Tales eran las frases empleadas para designar á Margarita. M. Dubronier no la nombraba de otro modo. Su amigo Godet, á quien visitaba reservadamente durante el curso de la instrucción del proceso, le aseguraba que la joven era buena, encantadora, delicada, y que todos la querían en Maillepré.

Aparentando seguridad en el éxito, Pedro de Meillant no entraba en pormenores, limitándose á decir:

—¡Esperad... ya vereis!

—Pero todas estas cosas no eran más que

murmuraciones, impresiones aisladas, deseos, que no eran obstáculo para que M. Tabouret esperase una sentencia condenatoria.

Si Margarita tenía partidarios, tenía también en el juez de instrucción un encarnizado enemigo, que no descuidaba la causa y la llevaba adelante con el mayor interés.

—Continuemos — dijo M. Tabouret siguiendo su interrogatorio.—Llegamos á los hechos por los que estáis procesada. Después de la guerra volvistéis á París. ¿Podéis fijar la fecha?

—En el mes de junio.

—¿Porqué tan tarde?

—¿Porqué estuve enferma?

—¿Qué hicistéis al volver á París?

—Trabajé en un almacén de la calle de Aboukir.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres ó cuatro semanas.

—¿Qué ganabais?

—Cien francos al mes.

—¿Porqué salistéis de allí?

—Por causa de las hablillas contra mí.

—En efecto... Se supo en aquella casa, honrosamente conocida, que teniais un expediente en las oficinas de policía y se os expulsó.

No podían hacer menos.

—Es posible; sin embargo, no era culpable, no lo fui nunca.

—Eso es fácil de decir; pero por desgracia vuestra los procesos verbales dicen lo contrario.

—Pues mienten.

—¡Tened cuidado!... que agravais vuestra situación.

—Para todo juez de instrucción, el acusado que no participa de sus opiniones, agrava siempre su causa: esto es tradicional.

—En una palabra—continuó Tabouret— os encontrastéis de nuevo en la calle, apercebida de severas represiones por infracción del reglamento especial á que estabáis sujeta. ¿Qué hicistéis?

—No podía pensar en encontrar trabajo, porque me lo negarían en todas partes.

—¿Por vuestra falta?

—No.

—¿Por las de los demás entonces?

—Sí, por la de otros—respondió con firmeza Margarita.

—Precisemos: ¿cuales otros?

—Los que se habían propuesto perderme.

—Nombradlos.

—Demasiado sabéis quien quiero decir. Por lo demás mi defensor se encargará de ello.

«¿Quién será ese defensor?»—pensaba Tabouret.

—¿Tenéis, pues, un defensor?

—Si no lo tengo, lo encontraré.

—Todo el mundo lo encuentra—dijo el juez asperamente.

—Debistéis quedaros en París—prosiguió— cumpliendo el vergonzoso compromiso que habiais firmado. ¿Porqué lo abandonastéis?

—Por que no tenia otro medio de sustraerme á aquella vergüenza.

—¿Fuistéis entonces á Maillepré?

—Sí.

—¿Quién os sugirió esa idea?

—Tenía una amiga en la guerra, que era enfermera como yo, desesperada como yo, y como yo sin familia. Un día recibió una carta de una persona para ella desconocida, la señora duquesa de Maillepré, la cual le ofrecía su protección. Dos días después mi amiga fué muerta por los proyectiles prusianos, dejándome una carta para la duquesa.

—¿Preveía ella su muerte?

—Tenía el presentimiento de su próximo fin.

—¿Qué decía en esa carta?

—Que en caso de cualquier desgracia, rogaba á la señora de Maillepré hiciese por mí lo que estaba dispuesta á hacer por ella.

—En Maillepré os presentastéis con un nombre supuesto; no lo podéis negar. Esto era conducirse como una aventurera.

—Es la única falta de toda mi vida,—dijo la joven bajando la cabeza.—Pero después de todo—añadió alzando la frente—¿qué mal he causado? Un miserable mancilló mi nombre hasta el punto de hacérmelo odioso á mí misma... Tomé el de otra, el de mi amiga casi tan infortunada como yo, el de Maria Magdalena, una muchacha sin padre, sin familia, sin fortuna... ¿A quién he perjudicado? Por otra parte yo estaba aniquilada... Temí que quien tanto daño me había hecho, me cerrase la puerta del último asilo en que podía refugiarme.... Pero, en fin, de cual-

quier modo, es una falta; ya lo he dicho; pero una falta hija de la casualidad y que estaba reparada cuando me prendistéis, porque entonces ya lo había confesado todo.

—Los jurados apreciarán—, dijo el juez. —Llegamos al momento crítico. Llegó á Bourges un nuevo prefecto, hijo de vuestro mismo país y con el cual estabáis ligado por una amistad de la infancia: os conociais porque frecuentaba la casa de vuestro padre...

—¡Ay!

—Puede suponerse que á causa de su posición y de su fortuna, del brillante porvenir que todos le pronosticaban, pondriais en él vuestros ojos fundando en el matrimonio con él vanas esperanzas. Mr. de Serigné amaba á otra joven, con quien debía casarse. La noche antes del matrimonio tuvistéis una entrevista con el prefecto, y se le encontró gravemente herido en su despacho... Los indicios os acusan desde luego; se os prendió y confesastéis: demasiado comprendéis que no podéis ocultarnos nada: decid sinceramente lo que sucedió.

—Mr. de Serigné me obligó á aceptar esta entrevista.

—¿No la habíais pedido antes?

—No.

—Admitámoslo. ¿Aceptasteis?

—Sí.

—¿Con qué objeto?

—Mi defensor lo dirá.

—¡Siempre el mismo sistema!

—Me repugna entrar en ciertos pormenores, y no lo haré.

—Tendréis que hacerlo antes ó después.

—Otros se encargarán de ello.

—Sea; de todos modos es indudable que hubo premeditación en vuestro crimen.

—Tal vez.

—¿Robasteis el arma con que herísteis á M. de Serigné?

—La tomé con intención de devolverla. Estoy segura que su dueño no diría lo que vos.

—M. Godet es un hombre original y un excéntrico; pero nadie se atrevería acusarle de complicidad en vuestro crimen.

—No es eso lo que he querido decir.

—¿Pues qué es... entónces?

—Mi defensor lo explicará.

M. Tabouret sudaba. Había creído que el aislamiento durante diez días con sus noches cambiaría el carácter de la acusada, y que se presentaría ante él mansa como un cordeiro, blanda como la cera; pero la encontraba más firme y decidida que nunca.

Al encontrarse ante este increíble fenómeno, se mordió los labios y dijo con tono amenazador:

—Os obstináis en vuestro silencio; pero será preciso que habléis y se os obligará á hacerlo.

Referid la escena del asesinato...

—¿Para qué os servirá?... M. de Serigné estaba sentado delante de su bufete... le herí y cayó... Nunca lo he negado... ¿Qué queréis que os diga más?

—¿Y después?...

—El arma quedó en la herida... Le miré

un instante, y creí que se hallaba herido de muerte... Sali... él tuvo fuerzas para sacarse el puñal y arrastrarse hasta su aposento... Yo ya no estaba allí... había huído... Sabéis lo demás... El ayuda de cámara del prefecto ha debido referiroslo.

—¿Regresasteis á Maillepré en el coche que os había conducido á Bourges?... ¿Quisisteis apearos y continuar sola el viaje á pie?...

—Pensaba que quizás vivía aún el prefecto y que necesitaría socorro... Esta fué la razón que tuve para hacer á su criado que se volviese.

—¡Buen corazón!—pensó Casimiro Boulard, enternecido.

—En suma—dijo el juez de instrucción:—no veo necesidad de ir más adelante... Estamos ante un crimen indudable, un culpable confeso que alardea del atentado...

—Yo no me vanaglorio por haber herido á un hombre. Explico sencillamente el hecho...

—¿Persistís en vuestro silencio sobre el móvil del crimen?

—No tengo nada que añadir á lo que ya he dicho.

—¿Intentasteis el crimen impulsada por los celos?

—No he amado nunca á M. de Serigné.

—Entonces debemos buscar en otra parte la causa del crimen, y la encontraremos fácilmente, clara y tangible, por decirlo así.

—Veámosla.

—Se asegura que habiais sido pedida en

matrimonio por M. de Lignerés en Maillepré. ¿Es cierto?

—No tengo por qué negarlo.

—Esperad. El marqués de Lignerés es muy rico, y además es pariente y heredero eventual de la duquesa. Después de haber resistido á los ruegos de su hijo, que os amaba locamente, la anciana señora de Lignerés, que sospechaba vuestra indignidad, cedió, contra su gusto... Ella misma lo ha confesado. Naturalmente, debía tentaros un matrimonio así; pero aparte de vuestra ambición, también parece que estabais enamorada del conde.

—¿Qué os importan mis sentimientos? Rechacé muchas veces ese matrimonio.

—Sí... durante algunos días... para excitar más el deseo y la pasión... Por último, cedisteis, según declaración unánime de todos los moradores de Maillepré.

—¿Adónde queréis ir á parar?

—A esto. La llegada á Maillepré del prefecto, que conocía vuestra deplorable historia, fué un golpe terrible para vos, un desastre para vuestra ambición desmedida... El prefecto habrá censurado lo indigno de vuestra conducta, os amenazaría, y para salvaros le propusisteis una entrevista, que él aceptó, porque no se puede negar que sois seductora, facilitando así la ejecución de vuestros criminales proyectos. Creísteis que nadie sospecharía de vos; pero el criminal siempre deja algún rastro, y la justicia puede seguir por él la pista del culpable. En este sentido, pues, establezco mis conclusiones, que

no hay para qué ocultaros. Los hechos son patentés... Un funcionario de categoría superior, asesinado, ó poco menos... El crimen solo puede haber sido inspirado por un deseo de venganza ó por un cálculo odioso... Mi misión termina aquí. Tenéis quince días para preparar vuestra defensa, y compareceréis, probablemente, ante el tribunal en las audiencias de Octubre. ¿Conocéis algún abogado?...

—No.

—Es preciso designar uno. Ahora resumiremos el interrogatorio.

M. Tabouret dictó al escribano, con gran majestad, dando un sentido desfavorable á las contestaciones de Margarita, que protestaba inútilmente.

—Firmad—le dijo el juez cuando hubo terminado.

La joven vaciló; pero el escribano la invitó á hacerlo con una significativa mirada, y le ofreció la pluma, levantándose para cederle su sitio; mas apenas estuvo de espaldas al juez, dijo al oído de Margarita:

—¡No firméis!...

La joven tomó la pluma que el escribano la ofrecía galantemente, la tuvo suspendida en el aire sobre el papel diez segundos, y la dejó sobre la mesa, diciendo:

—Decididamente, no firmo.

—¿Os lo han aconsejado así?—dijo el juez con acritud.

—Sí.

—¿Quién?

—Mi defensor.

—¿Pues no decís que no conocéis á ningún abogado?

—¿Quién os dice que me refiero á un abogado?

Los dedos del juez se agitaron nerviosamente. Si hubiese tenido á su disposición los más terribles medios de tortura, los hubiera aplicado seguramente á aquella extraña mujer.

—Ya veremos si respondéis mejor al tribunal, Mi misión ha concluido... ¡Hasta la vista!

Margarita fué conducida á su celda entre dos guardias.

—¡Soberbio!—exclamó el escribano sin poderse contener.—Hé aquí, M. Tabouret, una hermosa criatura que no tiene nada de tonta.

—Lo cual no impide que tenga su expediente en el registro de higiene de la prefectura de policía... No es más que una buscavidas... una miserable... una simple aventurera... una mujer peligrosa.

—¿Es posible?

—Es exacto.

—¡Nadie lo diría!

—Y que ha asesinado al prefecto.

—Sí; ¿pero por qué?

—¿Que os parece el criterio que mantengo en la instrucción?

—Bien, bien; pero será preciso ver. ¿Y del prefecto, qué se dice?

—Siempre muy mal... no hay modo de sacarle una palabra...

—Termina la audiencia, Boulard. Podéis